

RECUERDOS DE MANECO, 35 AÑOS DESPUÉS

Por Manuel Flores Silva

Este sábado 15 de febrero hizo 35 años que no nos dejó Maneco. No voy a contar cosas importantes de su vida ni de sus trabajos republicanos, de hombre de Estado, Diputado, Senador, Ministro de varias carteras o periodista.

No soy yo el que lo tiene que hacer -lo harán mejor otros- ni es ahora, tal vez, el momento.

Simplemente contaré -al mero hilo del recuerdo espontáneo- algunas cosas que me resulten de interés según vayan surgiendo, tal vez desordenadas.

Y que permitan transmitir en algo, sin embargo y esencialmente, la cotidianidad de un personaje público del que estuve tan cerca.

Desde esa modestia de enfoque quiero hacer el homenaje de la ocasión, para mí removedora.

EL GRAN DÍA

Maneco tenía 61 años al fallecer y ese día, 15 de febrero de 1985, se re inauguraba la democracia por la que había luchado incansablemente y con gran notoriedad y repercusión.

Falleció a las 8 de la mañana. Alcanzó a pedir el desayuno normalmente. Cuando se lo trajeron ya no respiraba. Mi hermano Pablo le acompañaba.

No sufrió más que lo que lo molestaron las cirugías, traqueotomías y radioterapias. Nunca se quejó.

Había hecho de todo para conseguir la democracia que renacía ese día.

Escribía todas las semanas contratapas de *Jaque* fulminantes contra la cultura autoritaria hasta demolerla, luego de años de escribir la página editorial de *El Día* casi completa.

(En la época atroz del peor momento dictatorial el margen de la prensa era muy poco y se escribía entre líneas. Recuerdo una vez que en

El Día mencionaron en una crónica a un miembro del Consejo de Estado del régimen -que mediante ese órgano usurpaba la función parlamentaria- como de apellido Abellá. El hombre aclaró por escrito que no era Abellá sino Abella, sin tilde final. Entonces Maneco aclaró en un suelto que se publicó que el diario había cometido un error, que el mencionado Consejero de Estado no era agudo sino grave. Nunca se aclaró si se refería al tilde o al personaje. Y con esos menesteres frecuentes sobrevivíamos haciendo oposición tomando de excusa hasta a la gramática).

Había aclarado también hacia 1984 ya, Maneco, el último asesinato por tortura en el país, el caso Roslik, en el que habíamos lanzado al semanario *Jaque* a la vanguardia y solitarios.

Lo hizo convenciendo a un médico militar de pasado batllista que entregara la verdadera autopsia oculta del Dr. Roslik que *Jaque* publicó.

Lo qué pasó por entrar en la noche, con riesgo, a un recinto militar a buscarla. Pero se logró terminar así con la tortura militar en Uruguay.

Había integrado Maneco la Comisión de Derechos Humanos de aquella dictatorial época de riesgo que es cuando las Comisiones de Derechos Humanos realmente sirven.

Su corazón golpeado llegó hasta las 8 de la mañana de ese día de inauguración institucional..., de ese gran día.

Lo vio amanecer libre y, tal vez, una parte de él pensó en el largo camino recorrido hasta entonces por su lucha para que, al fin, se alcanzara ahora la luz... y que ya con eso era suficiente.

CÁNCER

Había sido, sí, un gran fumador. Tuvo 8 años antes de morir un cáncer primario de cuerdas vocales, por eso, por ejemplo, su voz estaba cascada en el reconocido discurso de 1983 en la Convención colorada a favor de la amnistía y de la reconciliación del país.

Unos años después se reveló una metástasis en los ganglios del cuello y, finalmente, otro cáncer primario de pulmón, que lo mató.

Tres operaciones.... y la última no se la dejó hacer hasta que votó el último domingo de noviembre de 1984.

El lunes lo operaron y el martes lo visitó Wilson liberado la noche anterior, encuentro del que ha dejado una estupenda contratapa de

Jaque, en que Wilson hablaba veloz como era y Maneco retrucaba con papeles escritos también velozmente pues no podía hablar a causa de la traqueotomía.

Lo que en una época lejana de ambos Diputados había sido feroz debate entre ellos ahora era juego e ironía entre amigos.

En realidad la tecnología médica de la época no permitía un direccionamiento demasiado preciso de los rayos de la radioterapia de manera que se dio la paradoja que el tratamiento hizo que el cáncer desapareciera totalmente, resultado extraordinario, a causa de los rayos pero el corazón quedó irreversiblemente tocado. La tecnología actual no acarrearía ese riesgo.

LA PRESTANCIA

La noche anterior a su muerte Maneco llamó a un médico amigo y le pidió que le recomendara unas pastillas para dormir pues desconocía por completo ese campo. Le indicaron unas comunes y suaves. Durmió precioso.

El tema es que ese 15 de febrero, en que se re inauguraba la democracia, la Asamblea General de la recuperación democrática iba a ser presidida por Jorge Batlle, el senador más votado del lema más votado, mientras no asumieran, 15 días después, Sanguinetti y Tarigo.

Jorge había llamado a Maneco unos días antes. Le invitó a presenciar la ceremonia desde el Palco de la Cámara, *"al lado de Doña Matilde"*, dijo Jorge, por su madre la esposa de Luis Batlle. Una suerte de reconocimiento a Maneco por su labor de combate democrático de esos años.

Maneco quería lucir en esa ocasión la prestancia de un hombre sano, el mejor aspecto, y por eso quería dormir bien. Todo el mundo sabía que estaba enfermo de su tercer cáncer. Él quería ofrecer una apariencia lozana.

En casos terminales el cuidado del aspecto físico no es coquetería sino apego a la vida, pertinaz resistencia a la parca, retahíla final de dignidades.

Cuando a las 15 horas de esa tarde salí del velorio de Maneco para ir a jurar como Senador al recinto parlamentario -a sentarme en el mismo asiento desde el que Maneco había ejercido su senaturia- miré ese

palco lleno de ausencia de Maneco y juré por la Constitución... y por todo lo que ese cálido agujero me exigía.

Y sentí algo así como que el cálido agujero, en despedida ya, tal vez también me saludaba.

El mismo reflejo de prestancia había tenido Maneco unas semanas antes cuando el Presidente Electo Sanguinetti le había invitado al Hotel Columbia donde se preparaba la transición democrática.

Maneco me pidió que algún colaborador lo esperara en el hotel y le facilitara el acceso sin problemas al ascensor puesto que subir una escalera le cansaría demasiado, bajo el efecto de las radiaciones todavía diarias. Así fue, subió protegido por algún amigo el ascensor.

Sanguinetti lo había invitado para ofrecerle -en su nombre y en el del jefe de la oposición Wilson Ferreira Aldunate- la embajada en Paris.

Maneco era un ex alumno del Liceo Francés y un enamorado de Francia -como de España e Italia- pero pensaba que Paris era el centro del mundo y ahí iría a defender al Uruguay. Esa misión le pidieron Sanguinetti y Wilson. En eso pensaba, con la ilusión de una nueva batalla, sus últimos días.

SANGRE DE HERMANOS.

Cuento, como al pasar, estas cosas tal vez secundarias y, sin embargo, me eriza pensar que los dos hombres que en ese momento final que estoy contando lo distinguían -Jorge Batlle y Julio Sanguinetti- se habían batido a duelo ambos con Maneco quince años antes. Sendos duelos a sable de filo, contrafilo y punta, y había corrido no poca sangre. No poca. Entre los asaltos entraban a la pedana soldados a limpiar la sangre del suelo del lance.

Maneco, sin embargo, volvió a hablarse con Jorge y Julio desde la misma madrugada golpista de 1973.

Era la época en que los hombres eran más grandes que sus enconos, antes que la inquina se convirtiera en la ideología nacional mayoritaria. Otro país.

Alguna gente cree que este país se hizo a las peleas cuando en realidad la nación se hizo al ritmo de sus reconciliaciones. Hay un libro de Pivel sobre eso.

Cultura de la inquina, dije, creciendo desde los años 60 que es estéril, además, vistos sus pobres y decadentes resultados culturales.

Cuando se renuncia a la estética y a la ética en pro del mesianismo intolerante, el arte se convierte en utensilio meramente instrumental y en panfleto. No hay arte cuando no se reconoce al otro: se llama propaganda.

Con el otro que en ese momento lo distinguía, Wilson, habían tenido con Maneco una vida de enfrentamientos parlamentarios como primeras espadas de sus respectivos partidos.

Eso había terminado, sin embargo, cuando el país empezó a descarrilar, por asentar una maciza amistad, apoyada en cómo angustiaba a los dos el problema nacional en tren de agudizarse a fines de los años 60.

Amistad que terminó de sellarse por el mismo reflejo republicano, común a los dos, en el rescate de la identidad nacional que ambos hacían contra el autoritarismo. Un fiscal militar cada vez que Maneco pedía por los derechos de Wilson lo mandaba buscar. Quiero consignar aquí que ese Fiscal Militar era el Cnel (Av) Jorge Martínez Levaggi.

LAS REGLAS DE JUEGO

Otras veces puede ser bien interesante el diálogo de los adversarios.

Estaba yo, por ejemplo, en el velorio de Maneco que vengo narrando cuando me llama por teléfono el Comandante del Ejército, Gral. Hugo Medina, a quién yo no conocía, desde luego. Ese 15 de febrero ya habría Parlamento democrático pero faltaban 15 días para que hubiera Poder Ejecutivo democrático. No estaba claro para nadie dónde estaba el poder.

Medina me dice muy respetuoso que habían sido decretados honores de Ministro para Maneco y que el protocolo preveía, para cumplir por parte de las Fuerzas Armadas, carroza fúnebre, desfile, caballos, 21 cañonazos, no me acuerdo cuantas cosas más y el despliegue de 11 aviones.

El motivo de la llamada era explicarme que las Fuerzas Armadas no tenían once aviones en condiciones de volar, por lo cual era mejor que no se contaran y se hiciera una pequeña salvedad al protocolo. Agradecí la información, como correspondía.

No se quería, obviamente, tensar las cosas del lado militar mediante un incumplimiento protocolar ante la muerte de un hombre símbolo del campo anti autoritario.

El problema que subyacía en esa charla era otro, sin embargo. Quince días antes el Gral. Medina había hecho un discurso que me pareció infeliz.

Se estaban peleando los espacios militares que se cedían y los espacios cívicos que se ganaban y a mi juicio el Comandante en Jefe del Ejército se había excedido en su oratoria.

Me pareció oportuno responder al furibundo discurso de Medina con un furibundo editorial de *Jaque*, que se publicara el viernes anterior al fallecimiento de Maneco.

Al Gral. Medina le pareció, a su vez, oportuno contestarme.

Yo ya tenía preparada la respuesta a la respuesta –mis amigos políticos estaban entusiasmados con el pleito anti autoritario- cuando me llamó Sanguinetti, un par de días antes de ese 15 de febrero. Me pidió que no escalara más el diferendo porque así era necesario por razón de Estado. Algunas cosas que me dijo me hicieron pensar que era razonable lo que decía.

Me guardé la respuesta de la respuesta, sin muchas ganas y atendiendo al especial momento de la transición democrática.

Y entonces, quiso el destino, que explicaciones del protocolo fúnebre de unas Fuerzas Armadas materialmente más míseras que lo que prevé el reglamento de los honores ministeriales, hicieran, sin embargo, que los polemistas adversarios dialogáramos. De nada más que lo que he dicho. Pero empezaban las reglas de juego, las cosas debían ahora explicarse y emergía el tiempo del respeto. Aunque fuese para no contar aviones.

Lo vi a Medina un año y medio después en una histórica reunión el 1 de diciembre de 1986, en el Palacio Estévez, en que concurrieron los delegados de los partidos.

Allí estaban Wilson, Carlos Julio, ese gran hombre que acaba de fallecer, Seregni, Chiarino (Ministro de Defensa), Marchesano (Ministro del Interior), Sanguinetti, el Gral Medina (Comandante del Ejército), Tarigo y yo, a la sazón Presidente de turno del Partido Colorado.

Se hablaron temas muy difíciles y más o menos se sabe el contenido de la discusión, y de lo que en ella subyació o sobrevoló, porque después repitieron parte del debate en televisión Wilson, Seregni y Marchesano.

Lo que no se sabe generalmente es de Medina, que al hacer uno de los planteos centrales, fue realmente importante sobre todo el cómo lo hizo. Llevaba dos años conversando con Sanguinetti y el militar hablaba ya como si fuera un politólogo de Harvard.

Nada de autoritarismo, ni de resabio de nada parecido, emergía de su presentación, fuere acertada o no acertada. Yo diría que eso fue trascendente en ese momento.

Muchos amigos políticos quedaron inconsolables, sin embargo, cuando no publiqué la respuesta a la respuesta de Medina. Me explicaban que no se podía perder la oportunidad libertaria de polarizar con el jefe de la dictadura que se iba, que ello iba a ser positivo para el proceso que se avecinaba. Eran muy jóvenes, yo también.

Pero, sabía yo por Maneco, que la política es en general otra cosa. Es en buena parte la entrega de prestigio individual en pro de cosas más importantes.

A Maneco, por poner un ejemplo, el Presidente Pacheco Areco (habían sido Diputados juntos) le ofreció ser el Secretario General de la Unión Nacional Reelectionista, con toda la cuota de poder que ello significaba (senadores propios, diputados propios, ministros propios, etc).

Maneco designado Ministro por Gestido le había renunciado a Pacheco cuando éste había implantado las Medidas Prontas de Seguridad de junio de 1968.

"- Es que hay un problema" contestó amable y respetuosamente Maneco, ante la oferta de 1971.

"- ¿Cuál?", dijo Pacheco.

"- Que yo no estoy a favor de la institución reelección presidencial", dijo Maneco, simplemente.

En la elección siguiente, oponiéndose a la tremenda polarización nacional que ya arrastraba al país de 1971, Maneco, claro, perdió su banca.

No hice más que seguir sencillamente su huella, mucho tiempo después, cuando le rechacé muy generosos ofrecimientos a cuatro hombres que luego fueron Presidentes. No había suficiente republicanismo en las propuestas, me pareció, en algunos casos tal vez con error.

Sacrificio. La vida política republicana debe ser así concebida, fue la lección de Maneco. La República se vive mejor desde el llano. El apego excesivo al poder desvirtúa a los individuos.

LOS PASOS ATRÁS PARA AVANZAR.

En esto de lidiar con adversarios con poder excesivo recuerdo una vez que un antagonista se equivocó conmigo.

Campaña electoral de las elecciones internas de 1982, todavía dictadura. Quería hacer rendir los pocos pesos que tenía y se me ocurrió hacer columneras en carton plast. Nunca se habían hecho en política ni en casi nada. Las mandé hacer. Hoy son muy frecuentes y de uso común.

Y una noche las metimos en las principales avenidas. Aquello sí que era original y lucía. Buen invento, me dije. Faltaban 20 días para las elecciones internas y las columnas de la ciudad se habían puesto a militar en exclusiva por una renovación batllista republicana-radical.

Sin embargo, al Jefe de Policía de Montevideo, Cnel. Washington Varela, aquello no le pareció. Violaba su estrecha y encogida idea de la propaganda electoral. En realidad una constreñida y pigmea noción de la democracia, acompañada del ocurrente concepto de campañas electorales sin proselitismo. ¡Qué cabecita!

Muy sencillo. La policía del régimen me detuvo de inmediato. Me metieron en un calabozo y uno con alto grado policial vino y me dijo que mandaba decir el Cnel. Varela que ahí me quedaría hasta que yo diera orden del sacar las columneras.

El Cnel. no entendía nada, obviamente. Se equivocaba feo. Me estaba dando tremenda oportunidad. Un gol de oro me daba. Yo era candidato de la juventud batllista con 32 años. Veníamos muy bien y finalmente votamos bien.

Pero meterme preso en vísperas de una elección, victimizarme, perseguirme era un error de ellos y un beneficio muy relevante para

nosotros. Una calentura equívoca del Cnel. que solo podía favorecernos. Era claro. Al revés de lo que pensaba el Cnel. cuánto más me quedara más nos convenía.

Era un burro el jerarca o, peor, quería desestabilizar el proceso justo antes de la elección interna de los partidos políticos llevándose preso a un candidato por el mero hecho de colgar carteles en la vía pública.

Al amanecer la cosa iba a trascender, las agencias de noticias a dar la información, la prensa a difundir, el mundo asociativo democrático que empezaba a organizarse se movilizaría, la solidaridad del Partido y de otros partidos, los amigos internacionales, todo en cascada iba a ser inevitable.

Tremendo lío se iba a armar y sólo podíamos salir de él más que favorecidos electoralmente a causa del exabrupto proferido con arbitrariedad, charreteras, miopía, quepis y saña.

Se trataba pensé de un militar que ni siquiera entendía el flanco estratégico que estaba dando. Si, por ejemplo, dejaba yo de alimentarme en señal de protesta porque se aprisionaba gente por poner meramente carteles de propaganda, el lío podía ser todavía más grave.

Empero me puse a pensar en la soledad de la noche del calabozo. Todo lo que había pasado el país, lo mucho que había costado empezar a zurcir, el pequeño hilo del que pendía todo, se había ganado el plebiscito del 80, se iban a ganar esas elecciones internas, pero faltaba mucho, varios diálogos fracasados todavía por venir, aquel dolor sordo y aquél pánico difuminado instalado en la sociedad por años más todavía, algunos muertos y torturados más, nada más y nada menos, la movilización del acto del Obelisco y otras, en fin, mucho, mucho que remar.

Y no iba yo a aprovechar el error de uno que no entendía -y me haría cuasi héroe inmediatamente antes de unas elecciones- para usarlo en mi beneficio personal poniendo en riesgo un proceso general.

No. No es colorado actuar así. Por grande que fuera el beneficio personal.

Esperé unas horas pensando que de repente el Cnel. se daba cuenta, se corregía y me liberaba. Pero no. He notado en mi no corta vida que los errores una vez cometidos tienden a quedarse.

Clareaba ... apenas pude ver por una ventanita muy alta del calabozo las primeras luces, y actué, mandé buscar al que había traído el mensaje del autoritario Cnel y le dije con inadvertido valor “- *Dígale a Varela que descolgaré las columneras*”.

Pensé, claro, el curso general de la sociedad y del país los condena al fracaso, no desviemos ni retrasemos ese curso con conflictos no tan centrales. Pensé, más vale un paso atrás para avanzar que un paso adelante para retroceder.

Dos años después las columneras se vengaron de Varela: carteles de todos los partidos, listas y colores se apelmazaban sobre el espinazo de cada coluna del país. Coluna como se decía en español antiguo en la Edad Media antes que un ataque de cultismo del Renacimiento convirtiera la sencilla “coluna” en pretenciosa “columna”.

En democracia ya tiempo después, al mismo oficial ahora General - entonces Jefe de Inteligencia de las Fuerzas Armadas- le dio otro ataque de furia y el Presidente Sanguinetti lo relevó en el acto. La única noche con ruido a sable de la democracia uruguaya posterior a 1985.

Es que Varela, pensábamos unos cuántos, era quién sublevaría a las Fuerzas Armadas si la realidad las cercaba.

Pero el país comúnmente desinformado de estas décadas ni se enteró.

Siempre hay que tener claro qué valores se están jugando. Yo lo había aprendido de Maneco y Washington Varela no había aprendido nada de nadie que no fuera hacer la venia o hacérsela hacer.

DON LUIS.

Yo empecé a acompañar a mi viejo en la campaña de 1962. Yo con 12 años y él con 39, aunque Maneco ya llevaba 8 años de Diputado y varias interpelaciones a Ministros blancos encima.

En julio de ese año Don Luis Batlle había llamado a Maneco y le dijo “*Mire Flores Mora, he contratado 23 radios en el interior del país para que repitan una audición de 15 minutos que usted deberá hacer todos los días a las 13.15 de la tarde a partir del 1 de agosto*”.

Luego le explicó que era necesario contrarrestar la prédica radial de Benito Nardone, líder ruralista, que nos había hecho mucho daño, al Batllismo y al país.

En efecto, la alianza de los ruralistas con los blancos nos había derrotado con amplitud en 1958. El 25 de noviembre de 1962 la ventaja se reduciría a 20.000 votos y eso prefiguraría la gran victoria colorada de 1966.

Maneco sentía a Don Luis como a un padre. Le vi llorar desconsoladamente cuando Don Luis falleció. Maneco no tenía 30 años cuando Batlle Berres le invitó a participar de la cosa pública. Con Zelmar y Teófilo Collazo, ambos de la FEEUU, todos más o menos nuevos, les pidió que trabajaran en Canelones donde la lista 14 de César Batlle era mucho más fuerte que la lista 15 de Luis.

Maneco entonces dirigió el “*Semanario Canelones*” que fundaron en 1953 y 54.

Había un gurí montevideano de 18 años que empezó a ir a ayudar al Semanario: Julio María Sanguinetti.

Una obsesión de Luis Batlle era incorporar al Partido Colorado a la gente joven valiosa. Reclutó así a unos cuantos, a los que luego los llamaron “*los jóvenes turcos*” (así se llamó en París a uno grupo de jóvenes turcos radicales y exiliados, muchos jóvenes Oficiales, que reivindicando la Constitución liberal derogada por el Sultán de Turquía terminaron derrocándolo con gran repercusión de la prensa internacional).

Los “*jóvenes turcos*” quincistas eran, en sentido estricto, Maneco (1923), Zelmar (1924), Glauco Segovia (1927) y Teófilo Collazo (fecha de nacimiento por mi desconocida). Ellos eran realmente. Algo más veteranos estaban Amilcar Vasconcellos (1915), Luis Hierro Gambardella (1915) y Alberto Abdala (1920). Algo más jóvenes en general eran Jorge Batlle (1927), Julio María Sanguinetti (1936) y Eduardo Paz Aguirre (1928)

En los años en que yo nací, en torno a 1950, Maneco practicaba todo tipo de periodismo. Por ejemplo y entre otros, había dirigido la página literaria del Semanario *Marcha* (con similar cantidad de contratapas que en *Jaque*) y hacía las crónicas parlamentarias (género que ya no existe) para *El Diario* de la noche.

Tenía, además, una columna literaria futbolística en *El País* que firmaba con el seudónimo “*Salvaje*” para recordar, en un diario blanco

donde escribía de fútbol, que el autor de la crónica era colorado y firmaba cómo nos llamaba Rosas a los colorados.

Y con Maggi escribían el guión de *“Los Risatómicos”*, un programa radial de humor en *El Espectador*. Había que parar la olla. Con la dirección del argentino anti peronista exiliado Augusto Bonardo, muy amigo de Maneco, *El Espectador* le estaba compitiendo a *Carve*.

Don Luis lo llamó a Maneco en realidad en 1948 siendo Presidente, y a Maneco no le pareció de estilo acompañar a un Presidente.

Don Luis lo volvió a llamar en 1953, cuando Luis estaba en el llano pues un acuerdo entre la lista 14, de sus primos Batlle Pacheco, y el Herrerismo parecía postergarlo. Y ahí Maneco empezó a militar en Canelones. Con Don Luis de Director Maneco llegó a ser Subdirector de *Acción*.

Tiempo después, comicios de 1954 –no había encuestadoras, había política- Don Luis llama a Maneco y le dice *“- Mire, usted va en la lista de diputados de Montevideo, usted va número 17, y vamos a sacar 15 diputados por Montevideo. El segundo de la lista va a ser fulano de tal que será Ministro y el noveno de la lista será mengano que va a ser diplomático. Usted entra desde el primer día todo el período”*. La lista 15 obviamente obtuvo 15 diputados por Montevideo y lo previsto fue lo que pasó. Don Luis sabía.

La audición diaria de Maneco a partir del 1 de agosto de 1962 –a cuya producción yo asistía en la Radio Ariel todos los mediodías en la pausa de dos turnos del instituto de enseñanza al que asistía- tuvo un inmediato eco y desde todo el interior (el espacio político del antagonista Nardone) lo empezaron a invitar insistentemente durante esos cuatro intensos meses de campaña electoral al tiempo que recibía múltiples adhesiones políticas.

EL OVERO ROSADO

Era otro mundo el de 1962.

Recuerdo, por ejemplo, que llegando a Minas se sumaron más de cien jinetes encabezados por un señor mayor de apellido Mozo, que todavía cabalgaba, cuyo hermano había sido capado y degollado en la guerra de 1904.

Me acuerdo, por ejemplo, de que el camino al estrado en la plaza de Velázquez (Rocha) estaba formado por decenas de metros de pétalos y flores que homenajearon al orador.

Me acuerdo que en Colonia uno le tiró un cuchillazo a Maneco con ánimo mortal. Maneco estuvo guapo y ágil. En Rivera fueron solo trompadas. Ese año en Santa Clara del Olimar se produjo el último muerto durante el día del acto electoral en la historia del país, resabios del Uruguay cimarrón.

Yo estaba en 6to de escuela. Al principio acompañaba al viejo los fines de semana. Luego se terminaron las clases antes de tiempo por el año electoral e hice seis semanas de campaña recorriendo con él.

Miraba todo aquello con natural fascinación.

La oratoria era entonces muy diferente a la de hoy. Para empezar los actos políticos eran muy concurridos. En el interior del país no había televisión de manera que la gente iba a ver al político a la plaza.

El contenido de los discursos era mucho más historicista y relutal que ahora, propio de un país en que la tradición misma era un alegato por la libertad. Es decir se hablaba del pasado y de la identidad de los republicanos como alusión, en realidad, al presente de entonces. El relato de la historia era nada menos que la metáfora de la libertad.

Grandes oradores. Muy superiores a todos los que he oído en los últimos 40 años. Muy.

En Mercedes, por ejemplo, ante 15.000 personas, Maneco hablaba de la esencia del Partido de los republicanos y de la libertad y se puso a contar la batalla de Cagancha de 1839. De grande ya leí en Anacleto Dufort y Álvarez, que participó, el entero desarrollo de la batalla.

3.500 orientales vencen a 8.000 argentinos comandados por el legendariamente sanguinario de Pascual Echague, oficial superior del asesino liberticida de Juan Manuel de Rosas, dictador argentino y homicida emérito por más de 20 años. Por decirlo de modo contenido y recatado.

Esa batalla era lo único que separaba a Montevideo de la masacre, hábito rosista, contaba Maneco.

Rivera le avisa al Cabildo montevideano en mayo de 1839 que la batalla contra los invasores rosistas será a la vera de un afluente del Río Santa Lucía, a fin de año.

Que se va a hacer perseguir durante 7 meses por el basalto del norte del país porque los cascos de los caballos de pampa de los argentinos no aguantaban nada bien la piedra. Y había que desgastarle completamente la caballada, sino eran imbatibles.

Y porque, en los procesos históricos de ese tipo, agregó Rivera, a medida que pasa el tiempo el invasor va perdiendo moral mientras el invadido la va aumentando. Los estadounidenses precisarían Vietnam para aprenderlo.

El 29 de diciembre ya Rivera había juntado los 3.500 hombres, el doble de los que tenía en mayo, y produce la batalla sobre el arroyo Cagancha, que vierte al Santa Lucía. El Tnte. Cnel Venancio Flores aguanta 14 cargas del temible lancero oriental Servando Gómez –sobre el campo de batalla Flores será ascendido a Coronel- y luego se gana la batalla con un saldo de algo más de 800 muertos sumando ambos bandos.

Entonces -contaba Maneco al público en vilo de aquella noche- Rivera triunfante ordena el respeto por los prisioneros, el perdón de todas las vidas, y rompe las cadenas de su reloj y las cadenas rotas se las entrega al teniente Cuaró para que haga de chasque y se las lleve a un Montevideo que espera noticias en vela y desespero. Las cadenas rotas obviamente como símbolo.

Y Rivera luego desmonta y le da a Cuaró su diestro caballo overo rosado para cumplir su misión. Cuaró luego, al llegar a la capital, arrojaría las cadenas rotas de Rivera sobre la mesa del Cabildo al grito de “victoria, victoria sobre los de Buenos Aires”.

La gente oía a Maneco sin parpadear y quedaba rompiendo cadenas y carburando.

Yo niño venía observando que, naturalmente, en todos los actos en las primeras filas se veía gente, generalmente más anciana, y cuando la libertad rompía las cadenas de la opresión y se alejaba en ancas del overo rosado, esa gente lloraba de emoción.

O cuando cualquier relato similar aludía a las metáforas de la libertad venciendo desafíos más que imposibles... también la gente lloraba. A mis 12 años yo creía, pues, que era natural que no poca gente llorara cuando el orador hablaba.

Una vuelta en Tacuarembó la oratoria fue más coyuntural, algo habría pasado, y no lloraron. Le comenté al viejo cuando nos fuimos, con preocupación.

“ - Papá, hoy no lloraron.”

Recuerdo el estruendo de la carcajada de mi viejo.

Tal vez, por cosas así como las que cuento, para mí la política siempre fue más bien épica, tareas trascendentes de razón nacional, y nunca la comedia política habitual que me resulta del todo irrelevante.

Y más porque me tocó iniciarme cuando éramos tan poquitos luchando contra la dictadura (ahora está lleno de “héroes” entonces inexistentes) y había que ser republicano y épico. Muy épico. De comedia nada.

BOTTICELLI Y MASACCIO

Para mis padres, además, la política era solo uno de los temas, tal vez siquiera el que llevaba más tiempo de conversación familiar.

La literatura, por ejemplo, ocupaba más agenda, tal vez.

Cuando nací en 1950 vivía con mis padres un veterano poeta español de la eximia generación española de 1927, exiliado, José Bergamín, que daba cursos en la Facultad de Humanidades.

Federico García Lorca, Luis Cernuda, Manolo Altolaguirre, Vicente Aleixandre, León Felipe, Rafael Alberti, José Bergamín y otros eran la generación del 27. Con el chileno Neruda y el peruano Cesar Vallejo en la vuelta. En la vuelta estaba también el jovencísimo Miguel Hernández, 6 años menor que Neruda que, a su vez, era el menor.

(A mis cuatro antecesores Manuel Flores se les llamaba Maneco, Manuel a la brasileña, pero Bergamín me empezó a decir Manolo desde bebe como dicen los españoles y así quedó).

A Bergamín después de 10 años en el Uruguay se lo llevó Malraux cuando fue Ministro de Cultura de Francia en 1958 (en realidad Bergamín era un personaje de “La Condición Humana” de Malraux, una de las principales novelas del siglo XX) pero Bergamín tuvo que volver a Uruguay, luego de una fallida y corta estadía en Madrid, en 1964.

Bergamín firmó en esa época un manifiesto a favor de las huelgas mineras en Asturias.

Es que había habido una primera, pequeña y breve apertura a instancias del Ministro de Turismo de Franco, Manuel Fraga Iribarne y ahí había vuelto a Bergamín a España luego de casi 25 años de exilio. Firmado el manifiesto sobre Asturias la policía franquista lo empezó a buscar.

Maneco justo llegó a Madrid, sacó a Bergamín de un convento en Guadalupe donde los frailes lo tenían escondido y lo metió en la embajada uruguaya y así, como refugiado político, Don Pepe Bergamín volvió a Uruguay.

(Don Pepe le regaló a Maneco un bastón que usaba en el convento de Guadalupe, bastón que estuvo años en casa y un día se fue al lugar recóndito donde nos esperan las cosas perdidas, tan queridas)

Le debo, por ejemplo, a esa segunda estadía de Don Pepe, de algún modo, mi filiación religiosa básica: existencialista cristiano. Ocurre que yo tenía 14 años y estaba en pleno desarrollo racionalista y crisis de fe.

Bergamín me dijo una frase de Bernanos *“Tener fe es dudar 24 horas y tener un segundo, tan solo un segundo, de fe”*.

Me explicó luego el concepto de Miguel de Unamuno, su maestro, sobre la fe en lucha y agónica, la fe no dogmática, la duda permanente, el valor de la existencia en sí, la pregunta central existencialista “cuál es el sentido de nuestra existencia” y la negación del hombre como un mero fenómeno físico, la búsqueda de la trascendencia como esencia del ser humano y más allá del ser humano. Y cosas como esas.

Cuatro años después estudié más sistemáticamente a Unamuno porque era uno de los temas del examen de ingreso al Instituto de Profesores Artigas-Literatura cuando entré al mismo. Leí entonces *“El sentimiento trágico de la vida”* y *“La agonía del cristianismo”*, ambos de Unamuno, y quedé, ya hace muchos años, remediándome y remendándome como una suerte existencialista cristiano: mi modo de creer es dudar.

Bergamín, también, me sirvió de apoyo cuando yo de 20 años estaba en París y Maneco tuvo los duelos a sable que mencioné antes.

Don Pepe vivía en 47, Rue Vieille du Temple, en la antigua casa de Beaumarchais, donde Malraux daba alojamiento a varios exiliados ilustres.

Allí iba yo angustiado, al barrio de los antiguos mercados de París (Les Halles, dónde ahora está el Museo Pompidou), en busca del alivio de los consejos de Don Pepe Bergamín.

Las informaciones sobre el desarrollo de los duelos al instante nos las pasaba un uruguayo muy buen escritor y compositor musical, Luis Campodónico, que trabaja en France Press de París y era muy amigo de Maneco.

Don Pepe llevaba siempre consigo una nota muy breve –que exhibía en su biblioteca- firmada por una letra “efe” de bastón muy largo y abajo pequeñito “ederico”: “Federico”. La nota decía simplemente, “*me fui a Granada*”. Ese día Federico García Lorca estaba citado para ir a ver un espectáculo con Bergamín y Neruda y no fue.

Dejó esa nota que a la postre no sería más que su pasaporte a la muerte. Porque paradójicamente Federico dejó Madrid por inseguro (que caería solo 3 años después) para refugiarse en Granada donde lo esperaban “*los asesinos de palomas*” dijera Neruda, ya en el poder, los homicidas de la poesía.

Cada vez que veía esa nota, “Me fui a Granada, Federico”, algo de cotidianidad y normalidad de la nota me hacía parecer como que Federico en cualquier momento volvía. Quiero decir que viviendo con Bergamín uno se acostumbraba a algo así como a esperar a Federico.

Alcanzó Federico a dejarle también a Don Pepe Bergamín, unos días antes, los originales de “*Un poeta en Nueva York*”, una maravilla de García Lorca y de la cultura universal, que Bergamín publicó luego de muerto Federico y de deambular su exilio por diversos países con esos originales en la maleta durante casi un lustro.

En torno a Bergamín en Montevideo se organizó una parte de la llamada generación del 45, Ángel Rama, Ida Vitale, Amanda Berenguer, José Pedro Díaz, Mario Arregui, Carlos Maggi, mi tía y madrina María Inés Silva Vila, y otros.

Y mis padres que eran Maneco Flores y Chacha Silva Vila. “*Maneco y Chacha*”, dijo Juan Ramón Jiménez cuando los conoció, “*que nombres tan stravinskyanos*”, agregó.

Buena parte de ese grupo cultivaba intensamente, asimismo, a Paco Espínola. A papá le gustaba llevarlo unos días cada tanto a un rancho que tenía en Rincón del Indio, entonces habitado solo por otras dos

casas más. Ahí nos criamos todos los veranos de nuestra juventud primera.

Don Paco se ponía a narrar de nochecita –durante la mayor parte de su vida- y era un aeda vivo, literatura caminando, el don de la narración como jamás he visto, un fenómeno de la composición literaria oral que uno veía armarse en fresco, uno veía encajarse los andamios de la verosimilitud del relato... ante un público siempre embelesado.

A mis padres, a Bergamín y a Paco, les debo mi temprana inclinación por la literatura.

Onetti, tan amigo de Maneco y de Maggi, era referencia habitual también. Una vuelta, mi padre y mi madre se fueron a descansar un fin de semana y no tuvieron mejor idea que dejar en nuestra casa a nuestro cuidado a Onetti, que hizo el favor.

Éramos tres hermanos chicos, no había nacido mi hermana, y nos asustaba porque en nuestra corta edad ese señor tan pero tan serio nos parecía un hombre muy feo.

Maneco había conocido a Onetti siendo casi un adolescente, luego de que muerto mi abuelo de 40 años, Maneco se empleó en la agencia de noticias Reuters, donde Onetti era el gerente.

Hacía poco Onetti había publicado *“El pozo”* en edición de papel de estraza, su primer opus, y Maneco gurí le comentó a su amigo de toda la vida Carlitos Maggi (se casaron luego con dos hermanas) que el libro de su jefe le parecía muy bueno. Maggi, antes de leerlo le dijo *“así que tu jefe justo es un buen escritor, andá..”* y le acusó de alcahuete de su superior.

Maggi, o *“Pibe”* como se le dijo siempre en familia por su parecido de niño con el actor de el pibe en la película de Chaplín, hizo el cuento toda la vida entre risas.

A Felisberto lo recuerdo poco porque venía mucho menos y a Torres García nada pues mi madre (que había terminado Bellas Artes, que entonces era, como todo, en serio) dejó de ir a su taller justamente cuando quedó embarazada de mí, su hijo mayor.

Las artes plásticas eran también más tema que la política en casa. Madre y padre tenían diferencias a veces. Recuerdo, por ejemplo, una vez que después de un largo debate, mi madre descerrajó sobre Maneco

la afirmación que él no terminaba de entender la pintura italiana previa a Botticelli. Golpe.

Maneco no se quedó atrás y sostuvo que mi madre no terminaba de entender a Masaccio, descubridor verdadero de la perspectiva pictórica. Contragolpe. Y así pasaba la vida.

Montevideo era una fiesta. Antes que lo convirtieran en una tragedia.

ME VOY CON MI LLANTO

Ese 15 de febrero de 1985 sobre las 9 de la mañana las radios comenzaron a dar la noticia de la muerte de Maneco.

Era viernes, de manera que en torno a esa hora, aproximadamente, mucha gente iba al quiosco y compraba el semanario *Jaque* que salía justamente los viernes.

En él, paradójicamente, estaba la contratapa fresca de Maneco de ese día.

El hombre que acababa de morir de algún modo nos seguía hablando... Era muy impactante: el hombre a través de la contratapa de *Jaque* nos hablaba en cierta manera desde el más allá. Según las radios en el más acá no estaba.

¿Y qué nos decía Maneco en esa contratapa final cuasi post mortem? Hablaba justamente sobre la muerte.

Ocurre que siete días antes, el viernes anterior, había muerto un amigo de toda la vida de Maneco, el escritor Mario Arregui. La contratapa final está dedicada obviamente a él y se llama "*Ante la vida de Mario Arregui*".

Me resulta imposible leerla sin que con los tiernos, dolorosos y bastantes cuentos de Mario, que hace Maneco en su artículo, no se me escape alguna lágrima.

Maneco termina así su nota: "*A su respecto (de Mario) he estado dos veces heroico. Las veces que lo visité en Impasa no se me movió un musculo. Sólo después de salir de la sala, fuera ya de su vista, lloré sin consuelo*".

"La segunda vez esta nota. Mira, lector, la casi liviandad con que está escrita. Después de mi firma, sin embargo, viene mi libertad. Deja que me vaya con mi dolor, con el recuerdo de Mario y con el llanto."

Eso no estaba escrito por Maneco previendo su propia muerte. Pero quiso el destino que fuera leído por la gente simultáneamente a su deceso.

“Deja que me vaya con mi dolor”, decía. El hombre que despide al hombre y que, tal vez, se despide él mismo. Así fue leído por muchos.

Paradójicamente Maneco no quería eso.

Sobre el mismo cierre de la edición, horas antes, desde su casa y algo urgido me llamó a Jaque.

“-¿Leiste mi nota?”, me dijo de una.

“- Si, viejo”, contesté.

“- Léeme el final”, pidió (en esa época sin computadoras personales, ni fotocopiadoras, ni celulares, el autor enviaba la nota físicamente al periódico y en general no conservaba copia).

Le leí. Pero el final no era exactamente el que salió impreso.

Me dijo: *“- Parece que el que se estuviera despidiendo de este mundo fuese yo”*.

Y eliminó del texto una línea y un par de palabras que daban mayor énfasis a su despedida, fuera ella de Mario o fuera de esta tierra. Alivianó su adiós o así creyó hacerlo. Y quedó tranquilo de que no transmitiría la sensación de que se moría.

Nada. La gente, pues, leía la despedida de Maneco, que el propio Maneco había querido amortiguar para que los lectores no pensarán lo que... evidentemente estaban pensando.

La literatura y la vida siempre se confunden y la vida (o la muerte) insiste en ganar. Pero la que sobrevive es la literatura.

EL HIJO QUE NO LA TRAICIONÓ

Terminaré estas líneas con una cita de Maneco sobre el final de un discurso de él mismo. Iba a darlo una noche de 1971 en cadena televisiva.

Recuerdo que ese día caminábamos de tarde por la rambla. El vivía unos meses en el Hotel Bristol (luego Flamingo) y mientras recorríamos esas cuerdas de la costa de Punta Gorda me dijo, como ensayo, el discurso que iba a decir en vivo esa noche.

Duraba 45 minutos y aún no había llegado a Uruguay el sistema de registro en videotape de modo que los mensajes no se grababan: iban en vivo.

Me lo dijo de principio a fin sin detenerse ni un minuto de los 45 clavados de la alocución, exactamente como lo dijo después esa noche por televisión. Palabra a palabra.

(Por esas mismas cuadras de la rambla, caminando, en otra oportunidad Maneco me contó por única vez –con mucha emoción- la muerte de su padre cuando él tenía solo 14 años y era el hijo mayor).

Cuando dijo el discurso ante cámaras, yo, que me lo sabía casi de memoria a esa altura, cuando Maneco hacía una pausa de más de un segundo yo me moría de miedo de que perdiera el hilo. Yo tenía 21 años. Pero no perdió el hilo. Nunca lo perdió.

Terminó así sus palabras:

“Pensamos como el poeta bíblico, que el hombre hijo de mujer vive brevemente entre miserias, es hollado como la flor de los campos y pasa como las sombras. Pero creemos que asimismo esta vida tiene un sentido profundo. Puesto que algún día llegará la hora en que lo perdamos todo -el tránsito, el fin después del cual nadie se lleva nada, ni riquezas, ni honores, ni acciones, ni gloria, ni palabras, ni fortuna- sino que le queda una sola cosa que es volver a la tierra.

Diría que, pues que tierra vamos a ser, no olvidemos nunca que en el caso de casi todos ustedes, como en el mío, cuando volvamos a la tierra va a ser precisamente a ésta, a la uruguaya, a la nuestra. Yo, que como ustedes soy hijo de una tradición milenaria que piensa que el hombre nada vale, que sólo vale lo que él haga al servicio de los demás, digo que cuando bajemos a esta tierra la única cosa que nos podemos llevar es la convicción muy honda de que más allá de risas o de lágrimas, de penas o de glorias, ella nos reciba como al hijo que no la traicionó.” (Manuel Flores Mora, fragmento de discurso televisado el 1 de noviembre de 1971).

Efectivamente sirvió con lealtad y valentía al país, a la idea de república que garantiza la libertad y repudia el siempre cercenante exceso de poder. Sirvió al sentimiento fraterno hacia todos sus contemporáneos, a la amistad, al amor a los suyos, a la ética y a la estética, a la cultura construida con la argamasa de la tolerancia.

A las ideas liberales del siglo XIX y a las ideas socialdemócratas del siglo XX.

A sus ideas las defendió siempre fuerte y con vehemencia, pero de manera tal, sin embargo, que terminó siendo amigo querido de sus adversarios.

Amigo aún con los que habían vertido sangre entre ellos en el campo del honor. (Nuestra propia sangre, decía Maneco, no la de gente inocente, en alusión a la moda de matar gente que había surgido en los años 60, era colmada que fue de toda ceguera).

Una vez me preguntaron en un reportaje por mi viejo. Me salió algo así como *“la inteligencia hace más sensible a la sensibilidad, la sensibilidad hace más inteligente a la inteligencia y las dos, a consuno, hacen más buena a la bondad”*. ¡Maneco!

Salve ciudadano Flores Mora